

UNA HISTORIA DE CONCESIONES, ADHESIONES
Y COMPLACENCIAS CON EL SEPARATISMO QUE
NI EL PROPIO PUJOL HABRÍA DISEÑADO MEJOR



PSC: HISTORIA DE UNA TRAICIÓN

LA GRAN ESTAFA A LOS
VOTANTES DE IZQUIERDAS



MIQUEL GIMÉNEZ

A principios de los años ochenta, un joven e ingenuo periodista de izquierdas empezó a trabajar en el PSC. Estaban ahí hombres que serían míticos: Pasqual Maragall, Raimon Obiols, Miquel Iceta o Narcís Serra. Pero a ese veinteañero Miquel Giménez lo que le sorprendió fue el desorden que vio en el partido, el desdén con que se hacía referencia al PSOE de Felipe González y Alfonso Guerra, la guerra de egos y la extraña mezcla ideológica de comunismo y nacionalismo. Parecía, ya entonces, que todo el mundo era un rival, con la salvedad de la Convergència de Jordi Pujol, a la que había que dejar hacer.

Giménez cuenta en primera persona cómo, de aquellos polvos, llegaron estos lodos. Con una mezcla de humor, mordacidad y compromiso con las libertades, narra la evolución de un partido que, desde el inicio del periodo democrático, albergó en su interior la semilla nacionalista. Una semilla que se fue mostrando poco a poco y quedó definitivamente a la vista con el Estatut, que evidenció que el objetivo del PSC había sido modernizar la ideología pujolista, no sustituirla.

Mezcla de memorias, reflexión histórica, análisis político y disección sociológica, *PSC: Historia de una traición* es el retrato definitivo de la Cataluña contemporánea y de la doble deslealtad del PSC. La traición a generaciones de catalanes que se han sentido, y se siguen sintiendo, españoles y a una idea de izquierda que no se identifica con los privilegios y el supremacismo que siempre acompañan al nacionalismo.

Todo el mal que puede desplegarse en el mundo se
esconde en un nido de traidores.

PETRARCA

La traición es, en gran parte, cuestión de costumbre.

JOHN LE CARRÉ

Introducción

Ésta no es la historia del PSC. Ni siquiera es una historia más del PSC. El presente libro, fruto de lo visto y vivido en primera persona, es el relato de mi experiencia dentro del partido que, hoy por hoy, influye más en el Gobierno de la nación, incluso mucho más que el PSOE oficial, del que se declara hermano fraternal en un ejercicio de cinismo político sin parangón. También, debo decirlo, pretende ser un ejercicio de reflexión con respecto a la socialdemocracia y al rol que ha jugado en España y, singularmente, en Cataluña. Ahora bien, que las pretensiones de la obra no sean abiertamente historicistas no es óbice para que lo relatado en ellas sea justamente eso, historia, y, además, la historia más clara de todas, la que se condensa en anécdotas, personas, relaciones, en suma, en todo aquello que conforma los hilos de ese inmenso tapiz al que llamamos nuestro pasado. Es un libro, pues, escrito más desde la condición humana que desde la frialdad académica, por lo que me apresuro a pedirle disculpas al lector amante de los áridos tratados historiográficos. Aquí no va a encontrar nada de eso. Añado que el presente libro nace también del sincero deseo de hacer justicia, de poner los puntos sobre las íes respecto a eso que hemos denominado piadosamente izquierda y que, a mi modesto juicio, no presenta más característica que el puro egoísmo, amén de una odiosa servidumbre para con la derecha más casposa, rancia y extrema que ha producido la política española a lo largo de la democracia, a saber, el nacionalismo catalán.

Porque uno de los errores más comunes a la hora de enjuiciar lo que ha sido ese nacionalismo, derivado en la locu-

ra procesista de todos conocida, es atribuir el desaguisado exclusivamente al nacionalseparatismo, es decir, a Jordi Pujol y a su persistente obra de ingeniería social llevada a cabo durante décadas en Cataluña. Que su programa 2000 ha sido la piedra angular de la sociedad catalana actual, con todo lo que lo comporta de adoctrinamiento y de ingeniería social, es indiscutible. Que no ha sido la única causa, también.

Algunos, yendo más lejos, meten en el mismo saco la pasividad, por no llamarla cobardía, demostrada por todos los Gobiernos de España, temerosos de ponerse a Cataluña en su contra, en un ejercicio que no podemos denominar más que como una ceremonia de la confusión, puesto que no es lo mismo hablar de Cataluña que de los catalanes y mucho menos razonable es identificarlo todo con el nacionalismo.

Pero ese nacionalismo supo jugar sus cartas muy bien desde el advenimiento de la transición, cuando todo podía hacerse y edificarse de manera muy distinta a como se hizo. Ahí sembró el sempiterno temor que, desde Madrid, han experimentado por igual conservadores y socialistas, el horror a que te adjetiven como facha, como franquista o, mucho peor, como anticatalán si osabas discrepar de los postulados que Pujol emitía desde su cargo de *president*. El éxito de las tesis pujolistas, que han pervertido como decíamos los conceptos de catalán y convergente para amalgamarlos en una sola cosa, de Cataluña y de su persona, ha sido uno de los éxitos más rotundos en ese discurso totalitario que se ha apoderado no tan sólo de la política catalana, sino también del conjunto de la española.

El ahora evasor de capitales confeso, que no convicto, sabía muy bien cómo confundir patria y apellidos, partido con nación y, so pretexto de una falsa apariencia de hombre de Estado, consiguió chantajear de manera sistemática en beneficio propio a quienes, desde Moncloa, debían velar por la igualdad entre todos los ciudadanos españoles.

A los catalanes no nacionalistas se les dejó desde el minuto cero totalmente abandonados a su suerte, en manos de una oligarquía provinciana, terriblemente vengativa y sin otra voluntad ni propósito que no fuese socavar todo lo que significase España en cualquiera de los aspectos. Del simple y, aparentemente, «inocente» parte meteorológico de TV3, en el que se muestra la predicción de los *Països Catalans*, a la mención repetitiva del concepto «Estado español» —en TV3 y el resto de medios públicos dependientes de la Generalitat está terminantemente prohibido hablar de España, salvo cuando sea para referirse a ella de manera peyorativa—, a la sempiterna inmersión lingüística, eufemismo que significa en la práctica la exclusión de la lengua común de las escuelas catalanas, todo, absolutamente todo, pasaba por consagrar el imaginario delirantemente supremacista de una derecha extrema y excluyente. Los resultados están a la vista y sólo hay que hojear las portadas de los diarios para comprobar hasta qué punto esa potentísima droga ha afectado a más de dos millones de catalanes.

Dicho lo cual, existe un elemento del que poco o nada se habla, y es el papel jugado por el socialismo catalán en todos estos años. Sin su silencio, sin su complicidad, sin su aquiescencia, nada de esto habría sido posible. Pujol triunfó, en buena medida, porque no tuvo jamás a nadie enfrente que le hiciera una oposición seria, frontal, implacable y sistemática.

Nunca hubo una izquierda, si a lo canónico vamos, que ejerciese como el contrapunto necesario para impedir que las cosas llegasen hasta donde han llegado. Las causas son múltiples, y las iremos desgranando a lo largo de estas páginas, pero la constatación es la misma. El PSC ha sido, por pasiva o, la mayoría de las veces, por activa, la utilísima y dócil muleta en la que se ha apoyado el nacionalseparatismo en su ascensión hasta la división de la sociedad catalana en dos mitades.

Pude vivirlo en primera persona a lo largo de las dos décadas en las que milité en ese partido, de manera especialmente intensa cuando trabajé en el aparato del mismo. En mi calidad de responsable de seguimiento y análisis político o como responsable de actos de campaña, así como en la función de coordinador de formación, pude tratar a muchos de los protagonistas que tienen un papel destacado en esta historia. No pocos de ellos han pasado ya a eso que la CUP denominó la papelera de la historia; algunos, sin embargo, mantienen un destacadísimo papel en la política actual.

Son los responsables de una traición múltiple, de la que ya es hora de ocuparse a fondo. Traición, en primer lugar, a sus votantes, que creyeron estar votando socialismo cuando, en realidad, lo que hacían era votar a unos cómplices de Pujol; traición al partido que les pagaba la fiesta, el PSOE, del que siempre se mantuvieron distantes, críticos y con un mohín de disgusto al considerarlo vulgar y sin calado intelectual; traición a esa Cataluña moderna a la que decían defender y a la que sólo supieron ofrecerle una versión 2.0 del nacionalismo, eso que se ha dado en llamar *margallismo* y que merecerá en su momento el oportuno análisis.

Traición a todo e incluso entre ellos, puesto que la historia interna del socialismo catalán, desde su minuto cero, es una serie de puñaladas por la espalda, en ocasiones por motivos ideológicos, pero también no pocas veces por fobias, por caprichos, por mezquindades.

Por último, insisto, quisiera dejar bien claro que estas páginas no obedecen más que al deseo de poner negro sobre blanco una experiencia personal, con la pretensión de arrojar luz en los demasiados puntos oscuros que presenta el laberinto catalán. Nadie vea, pues, una torpe *vendetta*, un ajuste de cuentas o el torticero propósito de herir a nadie ni a nada. Demasiado sé que cuando cavas una tumba para tu enemigo, has de cavar otra para ti.

No, no es tiempo de revanchas estériles que, por otro lado, de nada servirían, puesto que los afectados por las mismas son absolutamente impermeables a todo lo que sea rectificar sus numerosos yerros. No hay voz lo suficientemente potente, y la mía no lo es en forma alguna, ni quiere serlo, para despertar de su sueño a quienes no desean abrir los ojos.

A través del análisis y de la anécdota, de lo visto y oído en primera persona, de los años y de la experiencia, del razonamiento, unido todo eso a un sincero afán de explicar, de explicarme, intentaré desplegar ese abanico plagado de incógnitas llamado PSC. Si ello contribuye a dejar las cosas un poco más claras al lector, el objetivo estará satisfecho. Si no lo consigo, pido disculpas de antemano.

Y por si algún censor de la moral política se escandaliza ante lo que se dice en estas páginas, le ruego que recuerde el viejo consejo del clásico: arrojar la cara importa, que al espejo no hay por qué.

MIQUEL GIMÉNEZ

1

Mis inicios en el PSC

Si nos remontamos a finales de la década de los años setenta e inicios de los ochenta del siglo pasado, veremos que la lucha por la hegemonía en el seno del incipiente PSC fue terrible, fratricida. Lo que se vendió a la militancia como un éxito sin precedentes en la historia de la izquierda en Cataluña, o sea, el congreso de reunificación en el que se amalgamaron, que no fusionaron, las dos grandes corrientes históricas del socialismo catalán, la obrerista de tradición más radicalmente de izquierdas y la catalanista, seguidora de personajes como Serra i Moret, Rafael Campalans e incluso las tesis del comunista Comorera, no fue más que una obra de teatro en la que los segundos acabaron haciéndose con las riendas del partido. Ya la mera formulación como partido distinto al PSOE —fraternal, dijeron con un cinismo que sería marca de la casa a lo largo de los años— y, por tanto, con una personalidad propia ajena al conjunto de la formación socialdemócrata nacional, encubría el mismo deseo de singularidad que alimentaba el motor nacionalseparatista de Pujol y sus satélites.

Empleando la misma metodología y sustrato ideológico que el monstruo convergente, que justo por aquel entonces había empezado a cobrar forma en el inconsciente colectivo catalán, los dirigentes del PSC que integraba a la antigua Federación Catalana del PSOE, el PSC-Congrés, el PSC-Reagrupament y a colectivos tan anacrónicos como los restos del POUM guerracivilista, consideraban, en su mayor parte, al PSOE como un mal menor al que había que tolerar porque de ahí salían, básicamente, las pesetas que precisa-

ban para sufragar al partido en tierras catalanas. Ahora bien, no hay mayor desprecio que el que se experimenta contra quien nos alimenta, como escribe Camilo José Cela en su colosal obra *La colmena*, transcribiendo una coplilla que canta un chiquillo gitano que pordioseaba por la calle y que dice «Esgraciaíto quien come de la manita ajena, siempre mirando la cara si la ponen mala o buena».

Que destacados dirigentes provenientes del PSOE o la UGT, aún no sometida al yugo nacionalista como sucedería con el advenimiento de Pepe Álvarez a la secretaría general de la central sindical en Cataluña de la mano de su amigo y protector Miquel Iceta, como Carlos Cigarrán, Josep Maria Triginer, Gil Pachón o muchos otros que pronto desaparecieron de la escena política ocuparan en los primeros momentos, al menos formalmente, cargos destacados no fue óbice para que el plan de «catalanización» subyugada a las tesis nacionalistas se llevase a cabo sin la menor dilación. A excepción hecha de algunos alcaldes como el de Hospitalet, Juan Ignacio Pujana, al que se toleró a regañadientes por sus excepcionales resultados hasta que se le acabó por desterrar del todo aprovechando un asunto de corrupción que hoy pasaría totalmente desapercibido por su escasa entidad, todos los que simpatizaban con el partido de Felipe González fueron marginados, perseguidos, suprimidos políticamente en relativamente poco tiempo. A Pujana tuve ocasión de decírselo en persona: «Un alcalde del PSC que tiene en su despacho el retrato de Pablo Iglesias está condenado a terminar mal». Se rio, pero desgraciadamente su fin estaba cantado. También hablaremos de eso en estas páginas, porque el asunto tuvo un carácter mezquino y triste, de una bajísima calidad política y humana. Entre paréntesis, diré que cuando ingresé en el partido todavía existía una cierta conllevancia entre el sector catalanista y aquellos líderes que no lo eran, aunque se disimulaba francamente mal. No regía todavía la monolítica y brutal omnipresencia ideológica de partido único que existe en la actualidad.

Hay que reconocer la tremenda habilidad que tuvieron los nacionalistas disfrazados de socialistas desarrollando aquella maquiavélica estrategia. Desterrando a Madrid elementos como Eduardo Martín Toval o Ernest Lluch, el campo quedaba expedito para que Raimon Obiols y su mano derecha, Jordi Font, amén de esa conjunción de catalanistas cristianos refractarios a la idea de España como Antoni Dalmau, tuvieran un margen de maniobra enorme. Uno se pregunta qué habría sucedido si la dirección socialista de Ferraz no hubiera cedido al chantaje catalanista de Obiols y los suyos, manteniendo una federación socialista propia adscrita al PSOE nacional en lugar de disolverla en un acto suicida. Posiblemente, la historia de España y la de Cataluña habrían sido muy distintas, máxime si tenemos en cuenta que la casi totalidad de dirigentes procedentes del PSOE catalán de entonces eran rabiosamente guerristas.

Cuando entré a militar en aquel PSC en los años ochenta, el partido ofrecía dos realidades claramente contrapuestas que nunca acabaron de unirse. Por un lado, estaban las bases, compuestas por dirigentes orgánicos territoriales, y especialmente por los votantes socialistas, que se mostraban desacomplejadamente catalanes y españoles, seguidores fieles de Felipe y de Alfonso, enemigos del pujolismo y de todo lo que sonara a nacionalismo y con una gigantesca capacidad de movilización electoral en los comicios generales; en paralelo, estaba la estructura del aparato del partido, dominada por un catalanismo acomplejado ante Pujol, que ninguneaba a los primeros y que recibía un escasísimo eco entre ese electorado cuando de elecciones autonómicas se trataba. Y el poco que tenía eran los posos que quedaban de quienes votaban la papeleta con el puño y la alcachofa, como decíamos en tono de broma, casi por inercia, por militancia, por oposición a lo que Convergencia representaba. A Obiols se le votaba por imperativo ideológico, que no por aprobación o simpatía. Otra cosa sucedería con Maragall, como ya examinaremos con calma.

A Obiols le incomodaba manifiestamente todo lo que sonara a España, singularmente a Alfonso Guerra y a PSOE, a quienes identificaba con la espanyolería más rancia. Lo pude comprobar personalmente a lo largo del tiempo en el que desempeñé diferentes responsabilidades en el seno del aparato de sus propios labios. No deja de resultar, como poco, insólito que los que debía considerar como sus compañeros le resultasen más fastidiosos que Pujol al que, en teoría, se le podían atribuir todos los vicios y defectos de la derecha más dura. La división entre lo que el PSC representaba a nivel de calle, el PSOE de matriz inequívocamente española y antinacionalista, y lo que tenían en mente los dirigentes del PSC, era total e incluso abiertamente opuesta en concepción. España no entraba nunca en los discursos obiolistas, porque su interés se centraba única y exclusivamente en Cataluña. Pero, cuidado, no era por un criterio práctico, el que podían tener los socialistas andaluces o los gallegos, sino por una visión puramente nacional. Para la cúpula dirigente del socialismo catalán, su ámbito de actuación debía ser el catalán porque consideraban Cataluña como su patria, no diferenciándose en nada en ese punto de los nacionalistas convergentes.

Yo vivía por aquel entonces en el barcelonés barrio de Gracia, que siempre había sido un sólido feudo convergente, así como hoy lo es del separatismo más radical, *cupaire*, cohabitando en ese territorio con el PSUC más enfermizamente enemigo de la socialdemocracia. Los comunistas siempre digirieron muy mal que, con la llegada de la democracia, los votantes no los escogieran a ellos como partido mayoritario representante de la izquierda. Se indignaban proclamando a los cuatro vientos que ellos habían sido casi los únicos que habían combatido al franquismo como si no hubiera existido el movimiento anarquista, por citar un ejemplo. Ahora bien, en esa queja rabiosa existía un punto de razón histórica: mientras que el comunismo tuvo un papel destacado en la lucha clandestina contra el franquismo,

los socialistas, en especial los catalanes, tuvieron a lo largo de las cuatro décadas de dictadura un rol puramente anecdótico, mostrándose más activos solamente en las postrimerías del régimen. Dicho esto en aras de la precisión histórica, cabe señalar que el comunismo jamás ha podido asimilar que otras formaciones pudiesen disputarles su hegemonía en el terreno de la izquierda. Los resabios estalinistas, aún detectables en los herederos del PSUC, los neocomunistas de En Comú Podem y otras formaciones similares, son harto evidentes. Hablamos de estalinismo, y decimos bien, porque aunque en su momento aceptaron las tesis del eurocomunismo predicado por Berlinguer y Carrillo, sólo lo hicieron para disfrazar debajo de ellas el feroz estalinismo del que estaban y están formados. De hecho, el PSUC padeció algunas escisiones ya en democracia, como el PCC, Partit dels Comunistes de Catalunya, inspirado por Marià Pere, partido y político, por cierto, que gozaron siempre de las simpatías de Miquel Iceta, que se jactaba de ser un admirador de su ideología.

En aquel ambiente, estamos en 1982, con un PSOE instalado en La Moncloa gracias a la habilidad política de Guerra y, para qué negarlo, al carisma de Felipe, unidos al estrepitoso hundimiento de la UCD tras la súbita y poco explicada dimisión fulminante de Adolfo Suárez —tema que daría para todo un libro por lo poco que se ha explicado acerca de la misma y por la relevancia que tuvo, como se vio posteriormente—, amén del fallido golpe de Estado del 23-F, decidí ingresar en la única formación que parecía acomodarse a la idea que yo tenía de lo que debía hacerse con España. Tengamos en cuenta que servidor provenía de la CNT, que no simpatizaba para nada con el nacionalismo ni con el comunismo —adlátere de Pujol también en no pocas cosas, como fue evidente en personalidades como el historiador Josep Benet o el escritor Ignasi Riera— y que a la central anarcosindicalista se le había pasado la oportunidad de hacer nada debido a su propia dinámica interna, y

al empeño del resto de partidos que se esforzaron de manera total en hacerla desaparecer.

Al pisar por primera vez la agrupación graciense del PSC tuve una impresión confusa. Allí había una ejecutiva compuesta en su mayoría por personas que trabajaban en el Ayuntamiento, en la Diputación de Barcelona o en otros organismos, todos controlados por los socialistas, que formaban parte del *establishment* del partido pero que, en cambio, se mostraban casi como de extrema izquierda, perteneciendo muchos de ellos a la corriente crítica interna Esquerra Socialista. Eso es muy típico en mi tierra. Revolucionarios antisistema que viven cómodamente del mismo en puestos con sueldos holgados.

Debido a mi pasado anarquista, intentaron captarme con escaso éxito. Debían pensar que simpatizaría con su radicalidad impostada. No fue así. Las comilonas en restaurantes gallegos del barrio especialistas en mariscadas se me antojaban poco compatibles con su ardor revolucionario, amén de que sabía muy bien que era imposible hacer una revolución que ni el pueblo quería ni aquellos que tanto hablaban de ella sabrían dirigir. Vivían demasiado bien. Esa doble moral, tan burguesa por otra parte, casi me hizo abandonar el partido justo cuando apenas empezaba a militar.

Eso sí, viendo aquel panorama grotescamente tartufesco, me alejé rápidamente de lo que se denominaba piadosamente vida de partido, por entender que aquello era sólo un lugar hábil para chismorreos de barrio y un auténtico muro de lamentaciones al que acudir para solicitar cargos, prebendas o dádivas, cuando no para vomitar odios nacidos de las malditas vanidades insatisfechas o los egos no suficientemente colmados. A modo de ejemplo de esa vida de partido burguesa, hipócrita y nada socialista, recuerdo que, mientras un servidor estaba partiéndose la cara con unos comunistas por estar enganchoando carteles en favor del sí a la OTAN, la ejecutiva de aquellos burguesitos de

estómagos colmados y sueños húmedos revolucionarios cenaba opíparamente en el restaurante Sporting, conocido por las suculencias en mariscos y los excelentes manteles que ofrecía a los comensales. Cuando, casualmente, me los encontré esa misma noche por la calle Gran de Gràcia, ellos ahítos y con dispepsia ideológica, yo, con las gafas rotas, ellos oliendo a langostinos y centollas, habanos y miseria moral, yo, a sangre y sudor, les espeté mi opinión de manera tan directa —digamos que utilicé un uso liberal de ciertos adjetivos escatológicos— que rompí definitivamente los pocos lazos que todavía pudiera mantener con aquel grupito de pancistas, si es que llegué a mantener alguno.

Lo curioso era que, mientras que a Felipe y a Guerra se les trataba de manera condescendiente, cuando no despreciativa, a Obiols se le consideraba poco menos que como a Dios. Jordi Font, mano derecha de éste e ideólogo del obiolismo, y que acabó como muchos de ese grupo convertido al procesismo, decía que Obiols era como un Garibaldi moderno. Madre de Dios. Y ése fue durante años y años el inspirador de la política cultural socialista en Cataluña, amén de eminencia gris del primer secretario. Como justificación de su postura, porque el nacionalismo siempre la precisa, en aquellos ambientes se me recordaba que, como anarquista, debía ser obiolista, puesto que el PSC defendía la autogestión y el principio de autodeterminación para Cataluña. Y era cierto, así figuraba en el carnet que te daban. Lo segundo me era indiferente, pero lo primero me atraía, claro.

Mis primeros escauceos dialécticos con aquellos revolucionarios de langostino abundante devorado en restaurante de campanillas a cargo del erario público fueron surrealistas. Y es que servidor tenía serias dudas, porque, si bien consideraba que entre toda la oferta política de entonces, la socialdemocracia parecía lo más útil como instrumento reformador, no entendía muy bien cómo podía compaginarse el aparente carácter izquierdista *radikalinsky* de